

# PRIMAVERA AZUL: REVITALIZACIÓN FALANGISTA Y LUCHA POR LA NACIÓN EN EL MARCO LOCAL (1948-1953)

*Claudio Hernández Burgos*  
Universidad de Granada



Falange Española. El yugo y las flechas, insignia camisa azul

A lo largo de cuarenta años la dictadura franquista fue una arena de combate en la que pugnaron por imponerse dos «políticas» y proyectos de nación que eran tan coincidentes en algunos postulados como divergentes en otros muchos.<sup>1</sup> Estas dos concepciones enfrentadas de España habían confluído en 1936 para eliminar otros proyectos de nación alternativos que, agrupados bajo la denominación de «anti-España», eran considerados ajenos a la naturaleza de la patria. Pero a la altura de 1945, no parecía que Falange pudiera sobrevivir a la caída de sus «camaradas» alemanes e italianos y todo apuntaba a que la lucha de proyectos nacionales dentro del Estado se había decantado claramente del lado de los nacionalcatólicos. Sin embargo, hacia 1948, cuando las presiones exteriores aminora-

ron y el régimen de Franco empezó a sentirse más estable, los falangistas emergieron redivivos y dispuestos a recuperar el terreno perdido. De este modo, desde finales de los cuarenta y durante buena parte de la década siguiente, se libró una enorme batalla cultural y política por imponer un modelo de nación acorde con los postulados defendidos por cada una de las culturas políticas hegemónicas.

Conscientes de su desventaja tras años de obligado silencio, los falangistas iniciaron rápidamente un rearme ideológico y político destinado a aumentar su influencia tanto dentro del Estado como sobre el conjunto de la población. Para ello, no sólo multiplicaron sus actividades y establecieron nuevas consignas políticas, sino que se valieron de todos los resortes que tenían a su alcance para mejorar su dañada imagen entre la sociedad española. La democracia orgánica o la «justicia social» fueron algunos de los campos aprovechados para propiciar un acercamiento de Falange al pueblo y mostrarles a los ciudadanos tanto que el Partido era el cauce indicado para su participación en el Estado, como que los «camisas azules» se desvivían por atender las acuciantes necesidades que afectaban a la mayor parte de las localidades españolas. Paralelamente, Falange y, especialmente, el Sindicato Español Universitario, dieron protección a una serie de iniciativas culturales que quebraron de algún modo la atonía existente en el mundo intelectual y universitario de los años

cuarenta. Desde finales de los cuarenta, sus publicaciones y actividades dieron cabida a nuevas temáticas y sirvieron de plataforma para que la juventud más inquieta expresara sus opiniones sobre cuestiones que hasta el momento habían sido vetadas.

Quedó así evidenciado que, después de 1945, el Partido logró sobrevivir y seguir controlando sustanciosas esferas de poder, que mantuvieron vivas sus esperanzas por imponer su proyecto político hasta los últimos años del franquismo. Si, por deseo expreso de Franco, Falange fue siempre un componente esencial del Régimen, debemos reconocer que la atención que se le ha prestado a su papel de 1945 en adelante ha sido verdaderamente escasa. Además, el reducido número de estudios sobre el Partido único en este periodo resulta más evidente cuando dirigimos nuestra mirada al ámbito provincial y local que es donde Falange conservó mayores cotas de poder. Por esta razón, nuestro propósito es el de enmarcar la revitalización falangista y sus luchas con el proyecto nacionalcatólico de España en el ámbito de «lo provincial» y de «lo local», es decir, allí donde el régimen franquista se manifestó e interactuó con los ciudadanos corrientes mediante el contacto diario en su vida cotidiana. Y donde la población establece contactos con la identidad nacional, contribuyendo a moldearla a lo largo de un proceso de elaboración de memorias y negociaciones permanentes.<sup>2</sup> Volver la mirada a las instituciones provinciales y locales del franquismo, y entenderlas como filtro de cuantos debates ideológicos y pugnas políticas por la hegemonía de España se entablaron en los más altos escalones de la política española, resulta necesario para comprobar las actitudes y comportamientos mostrados por alcaldes, jefes provinciales del Movimiento, delegados provinciales, revistas e instituciones de carácter cultural y grupos aliñados con cualquiera de estas culturas políticas que lucharon en la escena nacional.

### Mucho más que un espejismo: la vuelta de Falange al primer plano político

Desde el estallido de la Guerra Civil, Falange trató de hacerse con una posición predominante entre todas las fuerzas que sustentaban al régimen franquista. Pero los avances hacia la «fascistización» del Estado —simbolizados en algunas intenciones del partido por llegar al poder— se habían visto abocados al fracaso, desencadenando importantes consecuencias políticas.<sup>3</sup> Aunque Falange había perdido antes todas sus posibilidades por imponer su modelo de nación, las derrotas de las potencias del Eje frente a los ejércitos aliados terminaron por apagar las últimas ascuas de la Falange fascista. El partido estaba inexorablemente obligado a vivir momentos difíciles. Y así, mientras unos falangistas se empeñaban en mostrar que el Partido ya no era Partido y que el totalitarismo que se atribuía a Falange no era tal, otros como el propio Serrano Súñer le pedían a Franco que licenciara honrosamente a la organización e iniciara la «desfascistización» pertinente como única vía para salvar al Régimen.<sup>4</sup>

En efecto, el «Caudillo» inició la operación cosmética con el objetivo de mostrar a España como una nación católica y tradicional alejada de cualquier veleidad totalitaria y fascista. Al ver que el Régimen suprimió el saludo a la romana y eliminó la Secretaría General del Movimiento, los falangistas temieron por su supervivencia. A nivel provincial, los centros de extracción de las elites locales parecían sufrir un cambio que perjudicaba al partido en beneficio de otros grupos.<sup>5</sup> Patricio González Canales, por entonces al frente de la Jefatura Provincial de Murcia, expresaba su preocupación por el hecho de que entre los afiliados de aquella provincia existía «el temor de que el fin de la guerra de Europa traiga consigo una serie de presiones que obliguen si no a la disolución de Falange si a su apartamiento de todas las tareas de Estado».<sup>6</sup> Pero los planes de Franco no pasaban en absoluto por desprenderse del Partido, sino por

su postergación hasta que la presión exterior e interior disminuyeran. Aunque Falange pudiera sentirse marginada y algunos de sus miembros se alejaron del partido, la mayoría se acomodó a la nueva situación, cerró filas en torno a Franco y buscó en la lealtad al dictador la única garantía de su supervivencia.<sup>7</sup> Por su parte, el Jefe de Estado sabía que, aun constreñida al silencio durante un tiempo, Falange era necesaria para canalizar el apoyo político al régimen, generar opinión entre la población española, proporcionar cuadros políticos fieles al Caudillo y actuar como fuente de información para el Estado y elemento represor de la oposición.<sup>8</sup>

De manera que, a la altura de 1948, cuando el «cerco internacional» se había suavizado, Falange emergió con renovadas energías y recuperó su apariencia más beligerante, demostrando que la «desfascistización» de España había sido más de forma que de fondo. Aunque había perdido terreno durante los años de ostracismo falangista, el Partido había conservado importantes esferas de poder como las organizaciones de encuadramiento de masas (Sección Femenina, Frente de Juventudes, Sindicato Español Universitario o la propia Organización Sindical) o el control sobre buena parte de los Gobiernos Civiles, Diputaciones y Ayuntamientos.<sup>9</sup> De este modo, a escala local, muchos ciudadanos no vieron especialmente mermado el poder del Partido. Además, aunque Falange había disminuido su número de militantes en el tramo final de la II Guerra Mundial, desde 1947 inició una paulatina recuperación.<sup>10</sup> En 1948, pasada la época de obligado silencio, Falange recuperó la Secretaría General del Movimiento, que había perdido en 1945. Con Raimundo Fernández-Cuesta al frente, el partido reclamó su puesto en el Estado y emprendió el desafío de «refalangistizar» España.

En primer lugar, Falange trató de ajustar las cuentas pendientes con todos aquellos que habían dado por segura su eliminación y, especialmente, con quienes, al ver el declive de las potencias fascistas frente al empuje de los aliados, se habían apresurado a quitarse la camisa

azul y la habían guardado convenientemente en el armario. Así Fernández-Cuesta criticaba a los arribistas que «habían hecho ostentación hasta el ridículo de su fervor por la Falange y por sus signos exteriores» y reafirmaba la presencia del partido frente a aquellos que habían apostado por su disolución: «hoy muchos empiezan a estar de vuelta y a arrepentirse de sus deserciones precipitadas, y hoy muchos ven que pese a sus pronósticos y a sus deseos, la Falange sigue firme sobre sus cimientos».<sup>11</sup> Por su parte, la Falange granadina admitía una parte de culpabilidad en el silencio guardado durante los años anteriores: «no vamos a negar que se nos han colado como una epidemia muchos indeseables, muchos tibios con bastante de traidores, muchos satélites de la componenda y, en suma, muchos practicantes del fraude». Equiparando la voluntad de Franco a la del Partido advertía a todos aquellos que creían «que todo el monte es orégano y se permiten el lujo de darnos por muertos y hasta en trance de funerales» de que «quien no está con nosotros, sean los que fueren sus convencimientos de toda laya, está frente a la comunidad nacional instituida a consta de raudales de sangre».<sup>12</sup> De esta forma, los falangistas hicieron de su fidelidad al Caudillo tanto en la Guerra Civil como en los años de «silencio abnegado y trabajo ininterrumpido» su máxima credencial en la vuelta al primer plano político. Cualquier ataque a la Falange se convirtió en una ofensa al 18 de julio, a los caídos o al propio Franco porque, según el propio Secretario General del Movimiento, «Falange con su Jefe Nacional y su Jefe Nacional con la Falange forman un todo en el cual no caben fisuras ni hay posibilidades de divergencias».<sup>13</sup>

Bajo estas premisas se iba a iniciar la «refalangistización» en todos los rincones del país. Parecía necesario conocer de primera mano la situación del partido en las provincias españolas. En febrero de 1949, Tomás Romojaro, Delegado Nacional de Provincias, elaboró un informe sobre la situación de Falange en el conjunto de la nación. En él constaba la «atonía y malestar

interno existente en la Organización» y una «falta de consignas por parte de la Superioridad». Pero también reflejaba algunos síntomas esperanzadores cuando sostenía que el espíritu latente en Falange, «si hasta hace poco era de atonía, hoy es de ansiedad», y que en algunas zonas determinados Jefes Provinciales habían «sabido mantener el fuego sagrado aún en tiempos difíciles». <sup>14</sup> Por tanto, en primer lugar, se hacía imprescindible dar las nuevas consignas para que Falange se impusiera al resto de las fuerzas políticas y recuperara el brío de los primeros cuarenta.

Falange contaba ahora con el viento a favor para realizar tales propósitos. Eliminado el hostigamiento de las «democracias occidentales» y desarticulada en su mayor parte la guerrilla antifranquista, Franco gozaba de una posición más indiscutida que nunca y, en consecuencia, el partido se sentía con libertad para iniciar una política de aperturismo que permitiera la ampliación de las bases sociales del Movimiento y la captación de las primeras generaciones formadas íntegramente bajo el régimen. <sup>15</sup> Y encontró una primera oportunidad en el II Consejo Provincial de Jefes Provinciales celebrado a mediados de 1949. De una parte, durante las sesiones organizadas se trató de mostrar que España estaba llevando a cabo una paulatina «democratización», relajando la censura sobre la prensa y «abriendo las puertas» del Movimiento. De otra, los falangistas intentaron localizar los problemas fundamentales que afectaban a su estructura y capacidad proselitista y comenzaron a aumentar su presencia en la vida de las ciudades y pueblos de España. A este fin respondían medidas tales como la creación de un Seminario Central de Política con sus respectivas ramificaciones provinciales para la elaboración de los fundamentos doctrinales que ampliasen «la zona de convencidos en las provincias». Pero también las propuestas de algunos que abogaban por «desembarazarnos de los que nos estorban» y «encauzar la fe de los que nos interesan» para insuflar vitalidad a la organización. <sup>16</sup> Sin embargo,

tales iniciativas de integrar a miembros ajenos a Falange y de rejuvenecer los cargos políticos en las provincias encontraron lógicas resistencias entre algunos falangistas «de la primera hora». No resulta extraño que la pretensión del Jefe Provincial de Granada, Servando Fernández-Victorio, de rebajar la entrada en la Guardia de Franco de 21 a 18 años, chocara con los intereses de algunos «camisas viejas» y excombatientes de la Guerra Civil y de la División Azul, que veían cómo hombres que «no habían hecho la guerra», podían hacerles sombra y rivalizar con ellos por los puestos de mando. <sup>17</sup>

Los falangistas eran plenamente conscientes del terreno perdido durante años de silencio. Pero también de que «la pesadilla inminente de la restauración monárquica» había desaparecido y de que era necesario pasar a la ofensiva, demostrar que aún conservaban enormes esferas de poder y llevar a cabo «una política de realidades y no de palabras, en la que no creen ya». <sup>18</sup> Para ello nada mejor que mostrar a los ojos de la población la revitalización del Partido mediante una puesta en escena propia de la Falange más fascista. Camisas azules, brazos en alto, apelación a los «caídos» y todos los elementos de la estética falangista volvían a hacer acto de presencia por las calles de la ciudad de Granada en la conmemoración del 18 de julio de 1949. Falange calificó la celebración de «éxito político» y no dudó en lanzar un ataque contra los «enemigos de dentro y de fuera» que habían deseado su desaparición. <sup>19</sup> Si los primeros eran los integrantes de la anti-España, los segundos estaban representados por todos aquellos que se habían deshecho de la camisa azul ante el declive de los fascismos y que, a pesar de su aversión por Falange, no habían visto reducida su influencia en el Estado. Eran hombres como el Alcalde de Granada, Antonio Gallego Burín, calificado como «la nota discordante» en un 18 de julio de «claro tono falangista». Concretamente, los «camisas azules» granadinos le acusaban de que, durante interpretación del «Cara al Sol», había permanecido «de brazos cruzados y, sin

duda alguna, muerto de risa por dentro».<sup>20</sup> El informe del Partido demostraba hasta qué punto Falange había ligado su supervivencia a la del Régimen, de manera que cualquier concepción de la nación diferente a la falangista, por muy franquista que esta fuera, era considerada como un acto de deslealtad a los «caídos» y al Jefe de Estado.

Además, la actitud de Franco fue animando a muchos sectores de Falange a creer que la realización de sus proyectos era posible. La recuperación de ámbitos de poder e influencia se vio complementada por una intensa política de gestos hacia el Partido, que sembraban la inquietud entre los sectores nacionalcatólicos del Estado. El Delegado de Prensa y Propaganda en Granada, José León Arcas, manifestaba en 1950 que el hecho de que Franco hubiera «asistido a los tradicionales funerales por José Antonio, vistiendo el uniforme de la Falange», había sido una circunstancia «elogiosamente comentada» entre los granadinos. Es más, en su informe aseguraba que, «incluso entre quienes, genéri-



Franco. clausura el Congreso Nacional de Falange, 1953

camente, cabe calificar de no afectos a FET, se ha estimado que es una clara muestra de la Independencia del Generalísimo, frente a posibles presiones internacionales».<sup>21</sup> Al margen de que el informante se mostrara excesivamente optimista, no resulta descabellado pensar que algunos sectores de la población pudieran sentirse satisfechos de que el «Caudillo» hubiera decidido enfundarse la camisa falangista como una prueba de que era España la que siempre había tenido razón ante la «incomprensión» de las potencias extranjeras. Al fin y al cabo, Falange era parte integrante del franquismo, y atacarla era también atentar contra el régimen.

A inicios de los cincuenta, los falangistas habían conseguido recuperar el terreno perdido respecto a las otras fuerzas políticas que apoyaban al régimen, contaban todavía con importantes bastiones en el Gobierno —Blas Pérez en Gobernación, Girón en Trabajo, Cavestany en Agricultura y Fernández-Cuesta, ahora ya, como Ministro Secretario General del Movimiento— y sus organizaciones de encuadramiento habían aumentado tanto su número de afiliados como su actividad. Pero eran conscientes de que los sonoros desfiles y la encendida retórica no eran suficientes para alcanzar el objetivo de ganarse a las masas. Era necesario emprender una política de realidades, especialmente en uno de los campos en que la propaganda falangista había hecho mayor hincapié: el de la «justicia social». Sin embargo, no iba a resultar nada fácil que Falange recuperase la confianza del pueblo en su capacidad para elevar el nivel de vida de los españoles. A finales de los cuarenta, la mayoría de la población consideraba que el Partido era uno de los principales responsables de la mísera realidad de la posguerra, de la ineficaz política de abastecimientos y de la corrupción endémica del sistema.<sup>22</sup> Las construcciones de viviendas para familias obreras o campesinas, la inauguración de infraestructuras para el riego de los campos y, en general, la atención a las necesidades de las zonas rurales, fueron las vías utilizadas para transmitir que FET de las JONS se

preocupaba por el bienestar de la población.<sup>23</sup> Además, entrar en el terreno de la caridad y las medidas sociales para los más humildes era una manera más de competir con la labor asistencial Iglesia. A este fin, las jerarquías del Partido en Granada crearon en 1948 el Patronato Benéfico de Santa Adela, cuyo objetivo fundamental era paliar el déficit de viviendas existentes y, de paso, mitigar el paro mediante el empleo de mano de obra en su construcción. Se trataba de una medida más que necesaria habida cuenta de las miserables condiciones en las que gran parte de la población habitaba, no solo por las antihigiénicas condiciones de sus casas, sino porque eran muchos los que vivían en chabolas, cuevas e incluso huecos excavados en la tierra. En diciembre de 1949, la Jefatura Provincial de Falange en Granada informaba de que tanto en la capital como en los pueblos de la provincia se estaban llevando a cabo actos de corte falangista, «apreciándose notablemente el ambiente de alegría que reina entre esta pobre gente en estas Pascuas».<sup>24</sup> Las nuevas viviendas construidas por Falange no cubrieron en absoluto las necesidades de la población, pero las miserables condiciones de las que se partía fueron paradójicamente las mejores aliadas para que los beneficiados por las mismas vieran con mejores ojos esta vertiente social del falangismo que la cara represiva de los años cuarenta.

Finalmente, para recuperar el prestigio perdido, los falangistas sabían que era necesario desprenderse de la negativa imagen que el Partido había cosechado entre la población durante la Guerra Civil y la posguerra. En este sentido se puede entender el papel clave que sus miembros iban a desempeñar en la «democracia orgánica» del franquismo.<sup>25</sup> Por supuesto, las ficticias elecciones convocadas por el Estado servían para ir consolidando un régimen más corporativo que respondiera mejor a los intereses de los grupos dominantes y constituían una oportunidad política para Falange de volver a llenar de camisetas azules los Ayuntamientos y Diputaciones.<sup>26</sup> Pero también le eran útiles para denostar la, a su jui-

cio, falsa democracia republicana y demostrar que el régimen se abría a los españoles. El propio Raimundo Fernández-Cuesta había expresado con motivo de la conmemoración del cuarto centenario del nacimiento Francisco Suárez la necesidad de «volver al filósofo granadino» para elaborar una «democracia falangista, bien entendida».<sup>27</sup> Las elecciones municipales favorecieron a los falangistas y les permitieron un mayor dominio del marco local.

Todos estos elementos fueron utilizados por Falange para certificar su vuelta al primer plano político y tratar de situarse a la cabeza en la socialización política de los españoles. Pero, sin duda, la mejor oportunidad se presentó con la celebración del I Congreso Nacional de Falange en octubre de 1953, al cumplirse los veinte años de vida del Partido. Las asambleas comarcales celebradas para la organización de tan magno acontecimiento sirvieron para pulsar el ambiente falangista en los pueblos. Las jerarquías provinciales se percataron rápidamente de la utilidad de tales reuniones, pues con ellas Falange aumentaba su visibilidad entre la población, su capacidad proselitista y sus posibilidades de realizar su proyecto de nación. La sensación de éxito fue tal que la organización granadina solicitó a los mandos nacionales un posición más influyente para los consejos locales y la repetición anual de las asambleas celebradas. El «entusiasmo falangista» quedó constatado por la demostración de fuerza exhibida en octubre de 1953 en Madrid. Los 200.000 camisetas azules congregados en el Estadio de Chamartín trataron de poner de manifiesto que, en base a su fidelidad a la jefatura de Franco, Falange era un cauce «lo suficientemente ancho para que no quedara fuera de él ningún sector valioso».<sup>28</sup>

Pero había razones para pensar que las intenciones de los falangistas de convertirse en la única vía de captación de nuevos apoyos sociales no fructificarían. La gigantesca concentración de Madrid no representaba a la Falange «aperturista» e «integradora» que propugnaban Dionisio Ridruejo o Pedro Laín, sino a la del 18 de

julio, la División Azul y los brazos en alto.<sup>29</sup> Una cara amarga que siempre había formado parte de su esencia, pero que había permanecido alejada por el obligado silencio y parcialmente ensombrecida por la «cara amable» de ciertos sectores del falangismo que postulaban la asimilación de lo útil de la otra España. Además, el Congreso se producía cuando aún estaba fresca la tinta de los acuerdos con los Estados Unidos y, especialmente, de los pactos con el Vaticano. El dictador había dejado evidenciado que no se desprendería del Partido, pero también que no se desharía de los sectores «católicos» que tanto prestigio internacional le estaban reportando. Prescindir de alguna de las dos culturas políticas que lo sustentaban, hubiera supuesto desvirtuar la naturaleza del franquismo y Franco sabía que las pugnas entre ambas eran asumibles si no se traspasaban ciertos límites.

#### La lucha por España y la apuesta del falangismo por la cultura

No le faltaba razón al que fuera durante largo tiempo ministro de Trabajo de Franco, José Antonio Girón de Velasco, cuando aseguraba que «durante la década de los cincuenta iba a decidirse el futuro de España» porque, en efecto, fue a lo largo de estos años cuando se libró la mayor batalla cultural de toda la dictadura.<sup>30</sup> Una batalla que, sin embargo, iba a convertirse en mucho más que una cuestión de cultura. Porque lo que realmente estaba en juego era la cantidad de falangismo y de nacionalcatolicismo con los que contaría el régimen de Franco. Era evidente que se enfrentaban dos ideas de España y proyectos nacionalistas con coincidencias muy importantes —ambos eran católicos, antiliberales y antidemocráticos— pero también contaban con diferencias sustanciales. De un lado, estaban los defensores de un nacionalismo español de corte católico y tradicional, cimentado sobre las ideas de Menéndez Pelayo y que veían temerosos cualquier tipo de aperturismo que pudieran desvirtuar «el espíritu del 18 de Julio». Del

otro, los falangistas propugnaban un concepto «más dinámico» de nación, en el que se abría la puerta —más bien se entornaba— a la integración de ciertos elementos que hasta ese momento formaban parte de la anti-España, considerablemente diversos, pero también lo era que contaban con coincidencias no menos importantes.<sup>31</sup>

El enfrentamiento entre las dos grandes culturas políticas oficiales que convivían en el Estado franquista tuvo su episodio más relevante en la polémica mantenida entre el intelectual falangista Pedro Laín Entralgo tras la publicación de *España como Problema* y el católico integrista del Opus Dei, Rafael Calvo Serer, y su libro *España sin problema*. El primero se valió de la colaboración de otros viejos «camaradas», como Dionisio Ridruejo o Antonio Tovar, y del talante receptivo de un católico menos integrista como Joaquín Ruiz-Giménez, para promover un falangismo con visos liberales a través del diario *Arriba*, o publicaciones como *La Hora* o *Cuadernos Hispanoamericanos*. Mientras el segundo, junto con Florentino Pérez-Embid, se convertía en el máximo exponente del catolicismo ortodoxo que, desde las páginas de *Arbor* y los despachos del CSIC atacaba duramente a los «oportunistas revolucionarios y los demócratacristianos complacientes» que se les oponían.<sup>32</sup>

A pesar de que, probablemente, la mayoría de estas discusiones por el ser de España no llegaron a la gran masa de la ciudadanía española —profundamente desinformada y preocupada por otras cuestiones de mayor interés para su día a día— creemos que éstas no se redujeron a las altas esferas intelectuales del régimen y que, en consecuencia, lograron llegar a las provincias a través de la prensa y revistas locales. Los diarios *Ideal* y *Patria*, junto con publicaciones como *Diálogo* o *Clave* que trataban de romper la lánguida vida universitaria, posibilitaron que un mayor número de ciudadanos conociera y se identificara con las propuestas ofrecidas por los diferentes proyectos de nación.<sup>33</sup>

Las páginas de *Ideal* y *Diálogo* recogieron toda la ideología del proyecto nacionalcatólico de

España. Los «católicos» granadinos apelaban en sus escritos a un «retorno a lo antiguo y tradicional», atacando la «deshuesada inquietud, protesta amarga y nostalgia» de los hombres del 98 y ensalzando el «reencuentro de García Morente con la única España posible» que, a su juicio, sería el espejo en el que la juventud debían mirarse para volverse «un poco más escolástica» y «hacerse conservadora». <sup>34</sup> Frente a ellos, los falangistas se mostraron mucho más beligerantes en la defensa de su interpretación de España. Desde el falangismo granadino, Manuel Jiménez de Parga apostaba por el «patriotismo anárquico de José Antonio» como alternativa al «patriotismo estático» de Calvo Serer. Al mismo tiempo, los falangistas criticaban la «inadecuación actual» de la «interpretación menendezpelayista de la Historia» por tratar de «mutilar la historia de España» y se acusaba al «reaccionarismo torpe y suicida» de negar «la existencia de necesidades nuevas». Siguiendo la terminología de Ridruejo, los «comprensivos» agrupados en torno a *Clave* atacaron a los «trasnochadores sectores» que guiaban a España «por el camino de la estrechez y de la exclusión» al condenar el pensamiento de Maritain y, sin embargo, defender las doctrinas de Charles Maurras. <sup>35</sup>

La defensa del «falangismo integrador» postulado por Laín impedía a estos falangistas comprender cómo «por razones religiosas» podía negarse el españolismo de hombres como Ortega y Gasset o Unamuno, «de cuya raigambre nacional seguía criminal dudar». <sup>36</sup> Además, al reclamar la «españolidad» de algunos vencidos, estos falangistas le devolvían la identidad española a parte de la «anti-España», atentaban contra la consustancialidad de religión y patria defendida por el franquismo desde sus inicios y socavaban, aunque fuera mínimamente, la visión que había perdurado durante una década, es decir, que la lucha entre las dos Españas había quedado solventada en 1936. <sup>37</sup> De esta manera, al asumir parte del legado de los perdedores de la guerra, atentaban inconscientemente contra el fundamento principal de la «Cultura de la Victoria»:

la división permanente entre vencedores y vencidos. En este sentido, planteaban la asimilación del vencido —una vez convertido— en términos que repelían a los defensores de un proyecto nacionalcatólico de España:

No importa tanto acabar con los comunistas, como atraernos a los comunistas mediante una teoría y una práctica social, política y religiosamente superiores; ni puede interesar tanto derrotar por la violencia a los enemigos de la Civilización y de la cultura cristianas, como convencerlos de la necesidad y de las virtudes de esa Civilización y esa cultura. <sup>38</sup>

Sin embargo, el debate del «problema de España» solo era una cara de la moneda de ese «aperturismo» falangista iniciado a finales de los cuarenta y consolidado en el decenio siguiente. El clima originado por la sintonía existente entre ciertos sectores del falangismo intelectual encabezados por Laín Entralgo y el ministro de Educación Ruiz-Giménez, también llegó a las provincias. El falangismo dio cobertura a un gran número de actividades culturales que trataban de romper con el tono gris y monótono de la vida de las provincias españolas. En arte, las páginas culturales del diario *Patria* o las exposiciones realizadas en la Casa de América —con importante presencia sectores intelectuales del falangismo granadino— dieron entrada a pintura y escultura vanguardista hasta entonces desconocida. En teatro, el «aire fresco» del Teatro Universitario de Cámara trajo nuevas dosis de innovación que llegaron a sobrepasar los límites de lo tolerable por el régimen y a generar enfrentamientos con la policía. Y en la literatura, por ejemplo, una nueva generación de autores empezó a retomar los trabajos de autores proscritos como Federico García Lorca o Antonio Machado e, incluso, a realizar homenajes públicos que pusieron en alerta a la dictadura. <sup>39</sup> En esta misma línea, las publicaciones y actividades organizadas por el Sindicato Español Universitario (SEU) abrieron un inesperado campo para que las nuevas generaciones llega-



das a las universidades plasmaran sus inquietudes, aunque siempre dentro de ciertos márgenes. Conscientes de la importancia de atraerse a los jóvenes, los dirigentes del SEU trataron de convertirlo en una organización más profesional y efectiva y con mayor influencia en la vida del estudiante. Para ello, se amplió la oferta de becas, se crearon nuevos colegios mayores, se sufragaron ayudas para viajes y se pusieron en marcha medidas para combatir la imagen elitista del Sindicato, como la creación del Servicio Universitario del Trabajo (SUT), que trataba de fomentar la preocupación social por la vida de los trabajadores españoles, al poner a los estudiantes a trabajar codo con codo con los obreros. Pero, paralelamente, se revitalizó políticamente el sindicato con la creación de la Primera Línea del SEU o la organización del Congreso Nacional de Estudiantes –con sus correspondientes congresos regionales– como marco de diálogo entre jerarquías universitarias y alumnado del que nacería, por ejemplo, el Estatuto del Estudiante.<sup>40</sup>

A comienzos de los cincuenta, el SEU no solo demostraba una gran capacidad para encabezar un gran número de actividades artísticas, literarias o teatrales, sino que, en las páginas de sus revistas, empezaba a emerger un nuevo lenguaje y una temática que, hasta el momento, había permanecido ausente. Durante la primera mitad de los cincuenta, sus publicaciones abordaron problemas que verdaderamente preocupaban a los universitarios como la masificación de las aulas, la ausencia de salidas profesionales, la escasa comunicación entre profesor y alumno o la orientación elitista de la enseñanza.<sup>41</sup> Pero también trataron cuestiones de carácter «más político», como el ya citado problema de España, las consecuencias negativas derivadas de una urbanización incontrolada, la naturaleza de las relaciones Iglesia-Estado o la conveniencia de un sistema monárquico para España. Por ejemplo desde la revista *Clave*, se llegó a lamentar la «desintegración de la clase media» y el aumento de la distancia «entre las grandes masas

de obreros y los empresarios poseedores de fuertes capitales».<sup>42</sup>

A pesar de lo dicho, a la altura de 1954 la atenuación de las medidas aperturistas de Joaquín Ruiz-Giménez y el inicio de los enfrentamientos internos dentro del SEU, y entre estos y los mandos del Partido, generaron una reacción conservadora que sumió al Sindicato en una gran desorientación y minó seriamente su capacidad de atracción. No debemos olvidar que, al abrir tales cauces de expresión a la juventud, el SEU perseguía una finalidad política determinada. Sus dirigentes habían sido siempre conscientes de que la monótona vida universitaria del arranque de los cincuenta era un campo bien abonado para captar al estudiantado y conseguir que participara en sus actividades. Pero los miembros del Sindicato no olvidaban su fidelidad al «Caudillo» y al 18 de julio, de manera que, cuando la capacidad de tolerancia del régimen se veía rebasada, alguna voz dentro del régimen daba rápidamente la voz de alarma. Así se puso de manifiesto en Madrid con motivo de los altercados durante las protestas por la ocupación británica en Gibraltar en 1954 y con la supresión del Congreso de Escritores Jóvenes previsto para 1955. Y así sucedió también en provincias como la de Granada cuando el Jefe provincial del SEU, Juan de Dios Fernández Molina, se ofreció a subvencionar una obra en defensa de *Maritain* escrita por el profesor Antonio Aróstegui. Las autoridades estatales secuestraron la publicación y pidieron explicaciones al Jefe Provincial de Granada, Servando Fernández-Victorio, por haber dado su consentimiento.<sup>43</sup>

### Conclusiones

La revitalización de Falange presentó un desafío a los católicos ortodoxos que creían gozar de una posición indiscutida tras el fin de la Segunda Guerra Mundial. En cierta medida, el retorno de Falange sorprendió a todos los que consideraban que España no podía ser otra cosa que católica y tradicional y que la Guerra Civil

primero y la derrota de los fascismos después les habían dado la razón. Sin embargo, a la altura de 1948 se encontraron con una Falange recompuesta y decidida a intentar, una vez más, el acceso a mayores cotas de poder. La protección brindada por Franco y la relajación de la coyuntura internacional consolidó el Partido y confirmó que Falange no era algo efímero, sino una pieza fundamental para el régimen. En consecuencia, el proyecto nacionalista de los falangistas entró en directa confrontación con la concepción «nacionalcatólica» de España. Al ofrecer ciertos visos aperturistas, recuperar autores prohibidos y proponer una «integración negativa» de los vencidos basada en su aceptación de la legitimidad de la Victoria, los falangistas pudieron lograr el apoyo de ciertos sectores sociales que abogaban por esta «pseudo-reconciliación». Incluso, entre grupos de jóvenes universitarios, las posibilidades abiertas por las revistas sufragadas por el Sindicato fueron vistas como una oportunidad para dar salida a sus inquietudes sobre el mundo que les rodeaba y dar la sensación de que el asfixiante clima de la posguerra se desmoronaba.

Sin embargo, el renovado proyecto falangista —como también le sucedió al nacionalcatólico— tuvo unos límites muy claros. En primer lugar, ambos no dejaban de ser dos proyectos franquistas, profundamente antidemocráticos y plenamente leales al «espíritu del 18 de Julio». En segundo lugar, para el grueso de la sociedad española las polémicas entre falangistas y católicos ortodoxos por presentar su proyecto nacionalista resultaban —incluso entre los estudiantes universitarios—, desconocidas y extrañas. Aunque desde *Patria* se lamentaran de que «la discrepancia justificada por Calvo y Laín no alcanzara el eco popular y político que merecía», era normal que así fuera, entre otras cosas, porque los ciudadanos veían que falangistas y nacionalcatólicos estaban de acuerdo en las cuestiones esenciales. Y en último lugar, el propio discurso aperturista de Falange se vio neutralizado por sus propias contradicciones.

Como había quedado evidenciado en el propio Congreso Nacional de Falange de 1953, el Partido no se había desprendido —ni pensaba hacerlo— de su cara más agresiva. El SEU se había visto obligado a cerrar los espacios abiertos por sus publicaciones cuando sintió que la estabilidad del régimen estaba amenazada. Al defender de manera exclusivista que el falangismo era «la única solución para España», el Jefe Provincial de Granada, coincidía con el Secretario Nacional del Movimiento, en su idea de «ir a un nuevo 18 de Julio», si alguien se oponía a la «revolución azul», algo que había «desagradado entre la población granadina». La mera posibilidad de repetir una guerra fue motivo suficiente para minar la capacidad proselitista de Falange.<sup>44</sup>

Pero, a pesar de que Falange fracasara en lograr un mayor alcance de sus postulados y en reimpulsar la «fascistización» de los españoles, no debemos minusvalorar sus logros. Tras la derrota del Eje, Falange no solo consiguió sobrevivir, sino que creció de manera notable. De una parte, el Partido consiguió trasladar a la esfera local los debates que a escala nacional mantenían con los nacionalistas católicos, haciendo que un mayor número de españoles tuviera acceso a los mismos. De otra, la vuelta de Falange al primer plano de la escena política desde finales de los cuarenta le permitió dinamizar sus instituciones de encuadramiento, consiguiendo atraer a importantes grupos de jóvenes hacia organizaciones como el Frente de Juventudes, el SEU o la Sección Femenina. A ojos de la sociedad, Falange permanecía más viva que nunca y ciertas actuaciones como las expresiones de «justicia social», el acercamiento a los pueblos a conocer sus necesidades y el cumplimiento, aunque fuera tardía y parcialmente, de algunas realidades prometidas años atrás, pudieron convencer a no pocos sectores de la población que veían cómo su situación personal mejoraba y el contexto internacional era más favorable.

## NOTAS

- <sup>1</sup> SAZ CAMPOS, Ismael, «Las culturas de los nacionalismos franquistas», *Ayer*, 71 (2008), pp. 156-158; sobre el concepto de «cultura política»: DE DIEGO, Javier, «El concepto de 'cultura política' en ciencia política y sus implicaciones para la historia», *Ayer*, 61 (2006), pp. 233-266; MORÁN, Mari Luz y BENEDICTO, Juan, *La cultura política de los españoles*, Madrid, CIS, 1995.
- <sup>2</sup> Al respecto, véase CONFINO, Alon y SKARIA, A., «The Local Life of Nationhood», *National identities*, 4 (1), pp. 8-10; CONFINO, Alon, «Lo local, una esencia de toda la nación», *Ayer*, 64 (2006) pp. 19-31; CARASA, Pedro, «El giro local», *Alcores*, 3 (2007), pp. 13-27.
- <sup>3</sup> RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José Luis, *Historia de Falange Española de las JONS*. Madrid, Alianza, 2000, pp. 357-359; SAZ CAMPOS, Ismael, *Fascismo y franquismo*, Valencia, PUV, 2004.
- <sup>4</sup> DE ARRESE, José Luis, *El Estado totalitario en el pensamiento de José Antonio*. Madrid, Vicesecretaría de Educación Popular, 1945; SERRANO SÚÑER, Ramón, *Entre Hendaya y Gibraltar*, Barcelona, Nauta, 1973.
- <sup>5</sup> MARÍN I CORBERA, M., *Els ajuntaments franquistes a Catalunya. Política y administració municipal, 1938-1979*, Barcelona, Pagés Editors, 2000, pp. 200-202.
- <sup>6</sup> AGA, Cultura, Delegación Nacional de Prensa, Propaganda y Radio (DNPPR), Caja 21/2356, «Escrito de Patricio González Canales al Vicesecretario de Educación Popular», 21 de mayo de 1945.
- <sup>7</sup> El sentimiento de marginación en: GIRÓN DE VELASCO, José Antonio, *Si la memoria no me falla*. Barcelona, Planeta, 1996, p. 134; La actuación de la Falange tras la derrota de Alemania en RUIZ CARNICER, Miguel Ángel, «El aparato falangista a la caída de los fascismos. FET-JONS en 1945», *Spagna Contemporanea*, 4 (1993), pp. 127-130.
- <sup>8</sup> RUIZ CARNICER, Miguel Ángel, «El aparato falangista...», *op. cit.*, pp. 132-133; PAYNE, Stanley, *Franco y José Antonio. El extraño caso del fascismo español*. Barcelona, Planeta, 1997, p. 611.
- <sup>9</sup> MARÍN I CORBERA, Martí, *Els ajuntaments...*, *op. cit.*, pp. 202-204; RUIZ CARNICER, Miguel Ángel, «La vieja sabia del Régimen. Cultura y práctica política de Falange», en MATEOS, A. (ed.), *La España de los cincuenta*, Madrid, Eneida, 2008, p. 282.
- <sup>10</sup> Si a la altura de 1945, FET de las JONS contaba con 908.000 afiliados, en 1948 ya tenía 941.000 y, en vísperas del Congreso Nacional de Falange, en 1953, contaba ya con 952.000 militantes: BARDAVIO, J., *La estructura del poder en España*, Madrid, 1969.
- <sup>11</sup> FERNÁNDEZ-CUESTA, Raimundo, «Discurso pronunciado al cumplirse el XV aniversario de la fundación de FE de las JONS de Castilla» en *id.*, *La Falange ante el momento político actual*. Murcia, Jefatura Provincial del Movimiento, 1949, pp. 14-17.
- <sup>12</sup> *Patria*, 14 de abril y 21 de octubre de 1948.
- <sup>13</sup> Las citas en FERNÁNDEZ-CUESTA, Raimundo, *La Falange ante...*, *op. cit.*, p. 7; y del mismo autor *Intemperie, victoria y servicio*. Madrid, Ediciones del Movimiento, 1951, pp. 368-369.
- <sup>14</sup> AGA, Presidencia, SGM, DNP, Caja 51/20779, «Informe general sobre la situación de la Falange en las provincias», febrero de 1949.
- <sup>15</sup> SAZ CAMPOS, Ismael, «Paradojas de la historia, paradojas de la historiografía. Las peripecias del fascismo español», *Hispania*, 207 (2001), p. 173.
- <sup>16</sup> La propuesta del Seminario en: AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20722, «Tema de la Ponencia 5ª, 6 de julio de 1949; REGUERA SEVILLA, Joaquín, *Formación política de la Falange y labor proselitista*. Madrid, Artes Gráficas de los Hermanos Bedia, 1949. La depuración y revitalización de Falange en AGA, Presidencia, SGM, DNP, Caja 51/20716, «Anteproyecto de conclusiones de la Ponencia 1ª», 17 de mayo de 1949.
- <sup>17</sup> AGA, Presidencia, SGM, DNP, Caja 51/20716, «Modificaciones del Jefe Provincial de Granada a la 1ª ponencia del II Consejo de Jefes Provinciales», 16 de mayo de 1949. Un choque que también quedó evidenciado en enfrentamientos mantenidos entre miembros de la Guardia de Franco y del Frente de Juventudes: CAÑABATE VECINA, J. A. «Juventud y franquismo en España: El Frente de Juventudes (1940-1960)», en MIR CURCÓ, Conxita (ed.), *Jóvenes y dictaduras de entreguerras*. Lleida, Milenio, 2007, pp. 168-169.
- <sup>18</sup> AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20753, «Parte mensual de actividades provinciales», marzo de 1949.
- <sup>19</sup> Véanse *Ideal y Patria*, 19 y 21 de julio de 1949. Este último, diario falangista de la provincia, no dudó en afirmar que la celebración contó con «un esplendor sin precedentes».
- <sup>20</sup> AGA, Presidencia, SGM, Secretaría Política, Caja 51/18994, «Informe sobre los actos celebrados con motivo del aniversario del Alzamiento Nacional», 5 de agosto de 1949; Sobre la figura del Alcalde HERNÁNDEZ BURGOS, Claudio, «El largo camino hacia el franquismo: Antonio Gallego Burín (1915-1939)», *Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino*, 23, 2011, pp. 193-206.
- <sup>21</sup> AGA, Cultura, DNPPR, Caja 21/2367, «Parte mensual sobre actividades provinciales», noviembre de 1950.
- <sup>22</sup> Las críticas a Falange durante los cuarenta en: MOLINERO, Carme e YSÀS, Pere, «El malestar popular por las condiciones de vida. ¿Un problema político para el régimen franquista?», *Ayer*, 2003, 52, pp. 255-280.
- <sup>23</sup> GARCÍA RAMOS, Domingo, «El canto del cisne. La Falange palentina en los cincuenta», *Actas del VII Encuentro de Investigadores del franquismo*. Santiago de Compostela, USC, 2011.
- <sup>24</sup> AGA, Presidencia, SGM, DNP; Caja 21/20754, «Parte mensual de actividades de la provincia de Granada», diciembre de 1949.
- <sup>25</sup> RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José Luis, *Historia de Falange...*, *op. cit.*, p. 480.
- <sup>26</sup> MORENO FONSET, Roque, «Las consultas populares franquistas: la ficción plebiscitaria» en *id.*, y SEVILLANO CALERO, Francisco (ed.), *El franquismo: visiones y balances*. Murcia, Universidad de Alicante, 1999, pp. 52 y ss.; MARÍN I CORBERA, Martí, *Els ajuntaments...*, *op. cit.*, pp. 206-208; CERÓN TORREBLANCA, Cristian, «Institucionalización y legitimación del Nuevo Estado. Referéndum y elecciones municipales en Málaga durante el primer franquismo», 12, 2007, pp. 107-118.

- <sup>27</sup> *Patria*, 21 de octubre de 1949.
- <sup>28</sup> AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20783. «Conclusiones a la Asamblea provincial de Granada», 1953. Sobre el Congreso: ELLWOOD, Shelag, *Prietas las filas. Historia de Falange Española, 1933-1953*, Barcelona, Crítica, 1984, pp. 164 y ss; el entrecomillado en: FERNÁNDEZ-CUESTA, Raimundo. *Continuidad falangista al servicio de España*. Madrid, Ediciones del Movimiento, 1953, pp. 40 y ss.
- <sup>29</sup> Los límites en RUIZ CARNICER, Miguel Ángel, «La vieja savia...», *op. cit.*, p. 286.
- <sup>30</sup> GIRÓN DE VELASCO, J. A., *Si la memoria...*, *op. cit.*, p. 148; SAZ CAMPOS, Ismael, «Mucho más que crisis políticas: el agotamiento de dos proyectos enfrentados», *Ayer*, 68, 2007, pp. 145-146.
- <sup>31</sup> FERRARY, Álvaro, «Las ensoñaciones de un discurso nacionalista: la *intelligentia* franquista a examen», *Studia Histórica Contemporánea*, 12 (1994), pp. 157-172; SAZ CAMPOS, I. *España contra España. Los nacionalismos franquistas*. Madrid, Marcial Pons, 2003, p. 373.
- <sup>32</sup> Para el proyecto católico-tradicionalista de nación véanse especialmente FERRARY, A., *El franquismo: minorías políticas y conflictos ideológicos, 1936-1956*. Pamplona, EUNSA, 1993, pp. 298-299 y 308 y ss.; PRADES PLAZA, Sara, «Escribir la historia para definir la nación: la historia de España en *Arbor*, 1944-1956», *Ayer*, 66 (2007), pp. 177-200; para el falangista SAZ CAMPOS, I. *España contra España...*, *op. cit.*, pp. 380-383; JULIÁ, S. *Historia de las dos Españas*. Madrid, Taurus, 2004, Capítulo 9; y FERRARY, A. *El franquismo...*, *op. cit.*, pp. 297 y ss.
- <sup>33</sup> Es en el ámbito de lo local donde los individuos transforman la nación en una experiencia cotidiana. CONFINO, A. *The nation as a local metaphor*. Chapter Hill, University of North Carolina Press, 1997, p. XII; y ARCHILÉS, F. «Una nacionalización no tan débil: patriotismo local y republicanismo en Castellón (1891-1910)», *Ayer*, 48 (2002), pp. 283-312.
- <sup>34</sup> Los entrecomillados en: *Diálogo*, 2-5-1953; *Ideal*, 1 y 21-2-1953. véase también FERRARY, Álvaro. *El franquismo...*, *op. cit.*, p. 349.
- <sup>35</sup> Las citas en: *Patria*, 5-6-1952 y *Clave* 1-2-1952; Véanse también las reflexiones de SAZ, Ismael. «Falangistas y católicos reaccionarios: una batalla político-cultural decisiva», en MATEOS, Abdón (ed.), *La España de los cincuenta...*, *op. cit.*, pp. 237-249; FERRARY, Álvaro. *El franquismo...*, *op. cit.*, pp. 304-306;
- <sup>36</sup> *Patria*, 21-11-1952.
- <sup>37</sup> JULIÁ, Santos. *Historia de las dos Españas...*, *op. cit.*, pp. 363-365.
- <sup>38</sup> *Patria*, 28-1-1951.
- <sup>39</sup> ARÓSTEGUI, Antonio, *La vanguardia cultural granadina. 1950-1960*. Granada, Fundación Caja Granada, 1996; RUBIO, Fanny, *Revistas poéticas españolas, 1939-1975*, Madrid, Turner, 1976, pp. 319-397; para el caso de Huesca puede verse: DOMPER LASÚS, Carlos, *Por Huesca hacia el Imperio. Cultura y poder en el franquismo oscense (1938-1965)*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2010, pp. 213-223.
- <sup>40</sup> RODRÍGUEZ TEJADA, Sergio. «El largo camino del SEU a través del falangismo. Primera línea del SEU y disidencia

en los años cincuenta», *Spagna Contemporanea*, 2010, 37, pp. 107-109; RUIZ CARNICER, Miguel Ángel. *El Sindicato Español...*, *op. cit.*, pp. 248-251 y 262-266; sobre el SUT en Granada: *Patria*, 3-1-1953; sobre el Congreso regional de Estudiantes en Granada, *Patria*, 3-3-1953.

- <sup>41</sup> Véase RODRÍGUEZ TEJADA, Sergio, *Zonas de libertad. Dictadura franquista y movimiento estudiantil en la Universidad de Valencia*, Vol. 1, Valencia, PUV, 2009, pp. 216 y ss.; la cita en *Diálogo*, 1, marzo de 1953.
- <sup>42</sup> Véase, por ejemplo, *Diálogo*, 1, marzo de 1953 y 2, mayo de 1953; *Norma*, 2, enero-febrero de 1954. El entrecomillado en *Clave*, 1, febrero de 1952.
- <sup>43</sup> RUIZ CARNICER, Miguel Ángel. *El Sindicato Español...*, *op. cit.*, pp. 286-298; El ejemplo en ARÓSTEGUI, Antonio. *La vanguardia cultural...*, *op. cit.*, pp. 151-153.
- <sup>44</sup> La crítica en *Patria*, 16-9-1951; Algunas afirmaciones belicistas de Falange en: *Patria*, 2-6-1954 y 5-6-1954; el rechazo ciudadano en AGA, Cultura, DNPPR, Caja 21/2370, «Parte de asuntos provinciales», mayo de 1951.



Revista juvenil, vinculada a la Falange, *Flechas y Pelayos*